

INTRODUCCIÓN del Libro **AUTORIDAD,
por D. Martyn Lloyd-Jones**

Si entiendo algo de la moderna situación religiosa este asunto total de la autoridad es uno de los problemas más importantes que enfrentamos. Como tal requiere de un estudio cuidadoso por parte nuestra. No hay duda que hoy las cosas están como están en la Iglesia Cristiana por todo el mundo debido a que hemos perdido nuestra autoridad. Somos confrontados por el hecho de que las masas de personas se hallan fuera de la Iglesia. Y están allí, sugiero, porque la Iglesia ha perdido, de una manera u otra, su autoridad. Como resultado, la gente a dejado de escuchar o de prestar alguna atención a su mensaje. Una gran búsqueda de lo que se ha perdido caracteriza a muchas de las actividades de la Iglesia en este tiempo. Creo que este hecho es cierto de todas las secciones de la Iglesia, incluyendo la sección evangélica que, como intentaré mostrar más tarde, en común con otras ha estado tratando de producir un sustituto artificial y espurio.

Otra razón para considerar este tema es que varios movimientos contemporáneos y bastante exitosos le deben su éxito, pienso, a su afirmación de autoridad. Sin duda el secreto del poder de la Iglesia Católica Romana yace en este hecho, que afirma tener autoridad; y la gente está lista para creer que la tiene. Esto es verdad no solamente de la gente pobre y analfabeta, sino también de las personas intelectuales y sofisticadas que han luchado con todo el problema de la vida y el vivir y que han fracasado al no encontrar satisfacción. Están listos a capitular al fin y decir, ‘He aquí una gran Iglesia que afirma autoridad. Esta Iglesia ha estado aquí a lo largo de siglos. No puedo entender todo lo que dice; algunas cosas parecen difíciles. Pero, después de todo, habla con la autoridad de los siglos. He aquí esta gran tradición. ¿Quién soy yo para estar en su contra?’ Y así se rinden, y están preparados para creer todo lo que esa Iglesia proclama.

En el extremo opuesto, creo que el éxito del Pentecostalismo, hablando en lo general, se ha de atribuir a la misma causa. Pues dentro de ese movimiento parece haber una nota de certeza y seguridad – una nota de autoridad. Lo mismo es cierto de muchos cultos cuyo éxito se ha de atribuir en buena parte, y de la misma manera, a su afirmación de poseer autoridad en alguna forma u otra.

Además, todo este asunto de la naturaleza de la autoridad está siendo levantado, pienso, de manera notoria en la actualidad por movimientos tales como el Concilio Mundial de Iglesias y la Federación Mundial de Estudiantes Cristianos. El tema está siendo planteado en todas partes, ‘¿Existe alguna autoridad final?’ Una pregunta similar es, ‘¿Puede ser conocida la verdad? ¿Puede definirse la verdad? ¿Puede declararse en una cantidad de proposiciones?’

Ahora, me parece, que detrás de estas preguntas se halla la sugestión de que la verdad es tan grande y tan maravillosa que no puede ser definida y, por lo tanto, que no puede usted decir definitivamente que esta opinión es correcta y que aquella es errónea. El resultado es que el hombre promedio siente que no existe tal cosa conocida como la ‘autoridad objetiva.’ Un cierto autor, escribiendo hace como un año, hizo la siguiente declaración, ‘La cuestión real hoy es entre la verdad y el fundamentalismo.’ Observe la manera en que lo

expresa. El fundamentalismo, según ese escritor, no puede ser verdadero porque afirma que la verdad puede ser reducida a un cierto número de proposiciones. Otro estudioso perteneciente a la misma escuela de pensamiento escribió un libro en el que se propuso tratar con los fundamentos de la fe Cristiana y con la fuente total de nuestra posición. Al final, y descartando toda sugerencia de que se puede declarar o definir la verdad en Credos y Confesiones de fe, dijo que la situación estaba más o menos así. A un hombre se le ha dicho que si solo logra alcanzar la cima de una cierta montaña obtendrá una vista magnífica. Allí, extendiéndose delante de él, habrá un panorama magnífico y maravilloso. Muy bien, el hombre está ansioso por ver esto. Comienza a escalar. Sigue y sigue. El sol deja caer sus claros rayos sobre él. Avanza en el calor abrasador, y a pesar de él. De un momento a otro el ascenso se vuelve tan empinado que tiene que agacharse para avanzar con sus manos y rodillas. Mientras escala unos riscos tiene que sostenerse de unas pequeñas matas de hierba. Pero vale la pena. Y así continúa su lucha, con las manos y las rodillas sangrantes, pero la búsqueda le mantiene avanzando. Y, al final, llega a la cumbre, y allí, mirad, se halla el gran panorama. ¿Qué hace al respecto? ¿Trata de reducir ahora esa vista, como si se pudiera, a proposiciones y a declararla en teoremas? ¡Imposible! El asunto es demasiado espléndido y demasiado magnífico. Simplemente se queda con sus ojos y su boca abierta de par en par, perdido en un asombro estupendo y arrebatador. No puede bajar nuevamente y escribir todo lo que ha visto y sentido. Ciertamente no puede definirlo. Eso es imposible. Así como no puede usted analizar el aroma de una rosa, así no puede reducir esta grande y gloriosa verdad a una cantidad de declaraciones y proposiciones. En otras palabras, es algo que solo puede ser experimentado, algo que puedes sentir. Podrías bailar de gozo por ello. Podrías cantarle. Pero no puedes declararlo en proposiciones. No puedes definirlo. No puedes reducirlo a la forma de un Credo.

Ahora, sugiero que, como Evangélicos, esa es la posición más destacada que tenemos que enfrentar en la actualidad. Hubo un tiempo cuando fuimos confrontados por las negaciones absolutas. La posición de hoy no es esa. En lugar de eso se nos dice que la verdad es tan maravillosa que no puedes definirla. Un hombre puede que diga esto y otro puede que diga aquello. Se nos pide que creamos que ambos probablemente estén en lo correcto. Todos están en lo correcto. Hay muchas maneras de alcanzar esta cumbre. Por lo tanto, debemos darle la bienvenida a todos los enfoques, y no debemos decir que un hombre no tiene la verdad porque no ha llegado a ella a través de nuestro camino. Tal escuela de pensamiento afirma que estos son asuntos que, debido a la naturaleza de la verdad misma, no pueden ser definidos. Por lo tanto, no podemos hablar con seguridad de lo correcto y lo incorrecto.

Otra razón que aduciría para un estudio del problema de la autoridad en nuestro día está asociado con el deseo de un avivamiento religioso. Cualquier estudio de la historia de la iglesia, y particularmente cualquier estudio de los grandes períodos de avivamiento y despertamiento, demuestra por encima de todo simplemente este hecho: que la Iglesia Cristiana durante tales períodos ha hablado con autoridad. La característica principal de todos los avivamientos ha sido la autoridad del predicador. Parecía haber algo nuevo, algo especial e irresistible en lo que declaraba a favor de Dios.

La razón final, les sugiero, es que este tema de la autoridad es en verdad el gran tema de la misma Biblia. La Biblia se nos presenta como un libro autoritativo.

Así que, con estos pensamientos en nuestras mentes dirijámonos hacia este tema. En los capítulos que siguen lo consideraremos bajo los tres encabezados de la Autoridad de Jesucristo, la Autoridad de las Escrituras y la Autoridad del Espíritu Santo.